

# ANTONY BEEVOR

## ARDENAS 1944

LA ÚLTIMA APUESTA DE HITLER



CRÍTICA

ANTONY BEEVOR

# ARDENAS 1944

La última apuesta de Hitler

Traducción castellana de  
Teófilo de Lozoya y  
Juan Rabasseda

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2015

*Ardenas 1944*  
Antony Beevor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Ardennes 1944*

© Ocito, 2015  
© de los mapas, Jeff Edwards, 2015  
© de la traducción, Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda, 2015

Revisión técnica: Hugo A. Cañete, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9892-838-9  
Depósito legal: B. 8289 - 2015  
2015. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

# Índice

---

Glosario .....	IX
Tabla de graduaciones .....	XIII
1. Fiebre de victoria .....	1
2. Amberes y la frontera alemana .....	19
3. La batalla de Aquisgrán .....	33
4. Entrando en el invierno de la guerra .....	47
5. El bosque de Hürtgen .....	67
6. Los alemanes se preparan .....	99
7. Fallo de los servicios de inteligencia .....	123
8. Sábado, 16 de diciembre .....	141
9. Domingo, 17 de diciembre .....	169
10. Lunes, 18 de diciembre .....	199
11. Skorzeny y Heydte .....	221
12. Martes, 19 de diciembre .....	231
13. Miércoles, 20 de diciembre .....	257
14. Jueves, 21 de diciembre .....	281
15. Viernes, 22 de diciembre .....	295
16. Sábado, 23 de diciembre .....	311
17. Domingo, 24 de diciembre .....	333
18. Día de Navidad .....	355
19. Martes, 26 de diciembre .....	369
20. Preparación de la contraofensiva aliada .....	383

21. Sorpresa doble . . . . .	405
22. El contraataque . . . . .	425
23. La destrucción definitiva del saliente . . . . .	449
24. Conclusión. . . . .	465
Orden de batalla, la ofensiva de las Ardenas . . . . .	477
Notas . . . . .	503
Bibliografía selecta . . . . .	545
Agradecimientos. . . . .	551
Lista de ilustraciones. . . . .	553
Índice de mapas . . . . .	557
Índice analítico . . . . .	559

## Fiebre de victoria

A primera hora del día 27 de agosto de 1944, el general Dwight D. Eisenhower salía de Chartres para visitar París, que acababa de ser liberada. «Es domingo —dijo el comandante supremo aliado al general Omar Bradley, que lo acompañaba—. Todo el mundo dormirá hasta tarde. Podremos hacerlo sin levantar revuelo.»<sup>1</sup> Pero los dos generales difícilmente pasaban inadvertidos cuando se dirigían a toda velocidad hacia la capital francesa para efectuar su supuesta «visita informal».<sup>2</sup> El Cadillac verde oliva del comandante supremo se desplazaba escoltado por dos vehículos blindados, y un *jeep* en el que viajaba un general de brigada que abría paso a la comitiva.

Cuando llegaron a la Porte d'Orléans, una escolta todavía más numerosa formada por miembros del 38.º Escuadrón de Reconocimiento de Caballería los esperaba en orden de revista, con el general de división Gerow a la cabeza. Leonard Gerow, viejo amigo de Eisenhower, aún estaba furioso y lleno de resentimiento por culpa del general Philippe Leclerc, de la 2.ª División Acorazada francesa, quien había desobedecido continuamente todas sus órdenes durante el avance sobre París. El día anterior, Gerow, que se consideraba gobernador militar de París, había prohibido que Leclerc y su división participaran en el desfile del general De Gaulle desde el Arco del Triunfo a Notre Dame. Había dicho al francés que «siguiera con la misión encomendada de limpiar de enemigos París y sus alrededores».<sup>3</sup> Leclerc había hecho caso omiso de las órdenes de Gerow durante todo

el proceso de liberación de la capital, pero aquella mañana había enviado parte de su división al norte de la ciudad para atacar las posiciones alemanas existentes en las inmediaciones de Saint-Denis.

Las calles de París estaban vacías porque los alemanes en retirada habían confiscado prácticamente todos los vehículos que podían moverse. Incluso el metro era impredecible debido a la escasez del suministro eléctrico. De hecho, la llamada «Ciudad de la Luz» se iluminaba con velas adquiridas en el mercado negro. Sus hermosos edificios parecían apagados y exhaustos, aunque afortunadamente intactos. La orden de Hitler de reducir París a «un campo de escombros» no había sido acatada.<sup>4</sup> En medio del júbilo reinante inmediatamente después de la liberación, la gente en las calles seguía saludando con alegría cada vez que veía pasar a un soldado o un vehículo estadounidense. Pero los parisinos no tardarían mucho en empezar a murmurar *Pire que les boches* («Peor que los Boches».)<sup>5</sup>

A pesar del comentario de Eisenhower sobre el hecho de visitar París «sin levantar revuelo», su viaje tenía un propósito claro y definido: iban a reunirse con el general Charles de Gaulle, el líder del gobierno provisional francés que el presidente Roosevelt se negaba a reconocer. Eisenhower, hombre pragmático, estaba dispuesto a ignorar las enérgicas directrices de su presidente en el sentido de que las fuerzas de Estados Unidos no estaban en Francia para instalar en el poder al general De Gaulle. El comandante supremo necesitaba estabilidad en la retaguardia de su frente, y como De Gaulle parecía el único individuo capaz de proporcionársela, estaba decidido a apoyarlo.

Ni De Gaulle ni Eisenhower querían que el peligroso caos reinante tras la liberación se les fuera de las manos, especialmente en un momento de rumores desenfundados, pánicos repentinos, teorías de la conspiración y delicadas denuncias de supuesto colaboracionismo. En el curso de una acción, con la ayuda de un compañero, el escritor J. D. Salinger, sargento del Cuerpo de Contraespionaje de la 4.<sup>a</sup> División de Infantería, había detenido a un sospechoso cerca del Hôtel de Ville (Ayuntamiento) solo para ver cómo una multitud enfurecida se apoderaba del desdichado, se lo llevaba a rastras y empezaba a golpearlo hasta acabar con su vida. El día anterior, el desfile triunfante de De Gaulle desde el Arco del Triunfo hasta Notre Dame había acabado con

un tiroteo salvaje dentro de la mismísima catedral. El incidente sirvió para convencer a De Gaulle de que debía desarmar a la Resistencia y reclutar a sus miembros para crear un ejército regular francés. Aquella misma tarde, el Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (SHAEF, por sus siglas en inglés)\* recibió una petición de quince mil uniformes. Por desgracia, no había un número suficiente de tallas pequeñas, pues el hombre francés se caracterizaba por ser, por término medio, más bajo que sus coetáneos estadounidenses.

La reunión de De Gaulle con los dos generales norteamericanos tuvo lugar en el Ministerio de la Guerra, en la rue Saint-Dominique. Era el mismo lugar en el que durante el trágico verano de 1940 había comenzado su breve carrera ministerial, y había decidido regresar allí para hacer más viva la impresión de continuidad. Su fórmula para borrar la vergonzosa etapa del régimen de Vichy fue majestuosamente sencilla: «La República nunca ha dejado de existir». De Gaulle quería que Eisenhower mantuviera la división de Leclerc en París para garantizar la ley y el orden, pero como algunas unidades de Leclerc ya habían empezado a abandonar la ciudad, propuso que los estadounidenses tal vez pudieran impresionar a la población con una «demonstración de fuerza» que sirviera para tranquilizarla y asegurarle que los alemanes no iban a volver. ¿Por qué no hacer marchar a una división entera, o quizá dos, por las calles de París de camino al frente? Eisenhower, pensando que resultaba bastante irónico que el general francés solicitara una actuación de tropas estadounidenses «para establecer firmemente su posición»,<sup>6</sup> miró a Bradley y le pidió su opinión. Bradley dijo que era perfectamente posible organizarlo todo en menos de dos días. Así pues, Eisenhower invitó a De Gaulle a presidir el desfile y responder al saludo en compañía del general Bradley. Él, por su parte, no podría asistir.

A su regreso a Chartres, Eisenhower invitó al general sir Bernard Montgomery a unirse a De Gaulle y a Bradley para la celebración del desfile, pero el británico prefirió no ir a París. Este detalle, aparentemente insignificante pero pertinente, no impidió que ciertos periódicos ingleses acusaran a los estadounidenses de querer llevarse toda la glo-

\* Véase glosario.

ria. Las relaciones interaliadas se verían gravemente perjudicadas por la compulsión que había en Fleet Street de ver en prácticamente todas las decisiones del SHAEF un desaire continuo a Montgomery, y por lo tanto a los británicos. Ello era el reflejo de un resentimiento generalizado de los británicos, que se veían relegados a un segundo plano. En aquellos momentos los estadounidenses dirigían el espectáculo, y reivindicarían la victoria. El ayudante británico de Eisenhower, el mariscal del Aire sir Arthur Tedder, estaba alarmado por los prejuicios de la prensa británica: «Por lo que oí en el SHAEF, no pude evitar que me asaltara el temor de que ese proceso acabaría sembrando la semilla de la discordia entre los Aliados».<sup>7</sup>

Al día siguiente, a última hora de la tarde, la 28.<sup>a</sup> División de Infantería, a las órdenes de su comandante, el general Norman D. Cota, se trasladó de Versalles a París bajo una intensa lluvia. «Dutch» Cota, que había demostrado un arrojo y liderazgo extraordinarios en la playa Omaha, había asumido el mando de la unidad hacía menos de dos semanas, después de que un francotirador alemán acabara con la vida de su predecesor. Los combates en los campos repletos de setos y arbustos de la región normanda habían sido largos y atroces en los meses de junio y julio, pero la embestida efectuada por el III Ejército del general George C. Patton a comienzos de agosto había supuesto una recarga de optimismo durante los ataques a orillas del Sena y el avance hacia París.

En el Bois de Boulogne habían sido instaladas varias duchas para que los hombres de Cota pudieran asearse debidamente antes del desfile. A la mañana siguiente, 29 de agosto, la división recorrió la avenida Foch hasta el Arco del Triunfo para luego tomar la larguísima y espectacular avenida de los Campos Elíseos. Soldados de infantería con el casco puesto y el fusil al hombro con la bayoneta calada, marcharon con todo el equipo de combate. La masa de uniformes de color verde oliva desfilando en columna de veinticuatro en fondo se extendió de un lado al otro de la amplia avenida. Todos los soldados llevaban en el hombro el distintivo de su división, la «piedra angular» roja, símbolo del estado de Pensilvania, que los alemanes llamaban «cubo de sangre» por su forma.<sup>8</sup>

Los franceses contemplaron el desfile llenos de asombro, tanto por la informalidad de los uniformes estadounidenses como por aquella

gran cantidad de material que parecía ilimitada. «Une armée de mécanos», escribió en su diario Jean Galtier-Boissière.<sup>9</sup> Aquella mañana, en los Campos Elíseos, la multitud de franceses allí congregada no podía creer que una sola división pudiera disponer de tantísimos vehículos: un sinfín de *jeeps*, algunos con ametralladoras de calibre .50 montadas en su parte posterior; vehículos de exploración; la artillería, con su obuses «Long Tom» de 155 mm remolcados por cabezas tractoras sobre orugas; los zapadores; las unidades de intendencia/servicios, con pequeños camiones y vehículos de diez toneladas de peso; los carros de combate Sherman M-4; y los cazacarros. Esta exhibición hacía que, curiosamente, la Wehrmacht —el ejército considerado invencible que en 1940 había conquistado Francia— pareciera una fuerza desfasada con sus vehículos de transporte tirados por caballos.

El estrado de las autoridades militares estaba en la Place de la Concorde. Los ingenieros del ejército lo habían hecho con botes de asalto puestos boca abajo y ocultos por una larga bandera tricolor a modo de paramento. Un número importante de banderas estadounidenses ondeaba al viento. Delante, la banda de cincuenta y seis músicos que había encabezado el desfile tocaba la marcha de la división, «Khaki Bill». La multitud de franceses que contemplaba el espectáculo probablemente lo ignorara, pero lo cierto es que todos los soldados sabían que la 28.<sup>a</sup> División se dirigía hacia el norte de la ciudad para atacar las posiciones alemanas que seguían en la zona. «Fue una de las órdenes de ataque más curiosa que se haya dado —comentaría Bradley más tarde a su ayudante—. No creo que hubiera mucha gente que se diera cuenta de que los hombres desfilaban para entrar directamente en combate.»<sup>10</sup>

En la costa del canal de la Mancha, el I Ejército canadiense tenía que capturar el importante puerto de El Havre mientras el II Ejército británico se abría camino hasta el paso de Calais para dirigirse a algunos de los emplazamientos en los que los alemanes tenían sus armas de represalia, las plataformas de lanzamiento de sus diversos cohetes «V». A pesar del agotamiento de los conductores de los carros de combate y de la horrible tormenta de la noche del 30 al 31 de agosto, la División Acorazada de la Guardia ocupó Amiens y dos puentes sobre el Somme con la ayuda de la Resistencia francesa. El general

Heinrich Eberbach, comandante del V Ejército Panzer, fue pillado desprevenido a la mañana siguiente. En su avance, los británicos consiguieron abrir una brecha entre lo que quedaba del V Ejército Panzer y el XV Ejército, que había defendido el paso de Calais. Los canadienses, encabezados por el Regimiento Real de Canadá, el Regimiento de Infantería Ligera «Royal Hamilton» y el «Essex Scottish», marcharon hacia Dieppe, donde en el curso de una desastrosa incursión efectuada dos años antes habían sufrido gravísimas pérdidas.

La euforia de la victoria no habría podido ser mayor entre los Aliados. El atentado con bomba que aquel verano había sufrido Hitler en el mes de julio había fomentado la idea de que el enemigo empezaba a desintegrarse, de manera parecida a lo ocurrido en 1918, pero lo cierto es que el intento fallido de asesinato había reforzado inmensamente la dominación nazi. El departamento de inteligencia del G-2 en el SHAEF afirmaba alegremente: «Las batallas de agosto lo han conseguido, y en el oeste el enemigo está al límite».<sup>11</sup> En Londres, el gabinete de guerra creía que en Navidad todo habría acabado, y para su programa de planificación situó el final de la guerra el día 31 de diciembre. Solo Churchill se mostraría más cauteloso, pues no tenía la certeza de que los alemanes no siguieran luchando con determinación. En Washington, un convencimiento similar hizo que la atención se centrara cada vez más en la lucha desesperada contra Japón en el Pacífico. La Junta de Producción de Guerra de Estados Unidos empezó a cancelar contratos militares, incluidos los de adquisición de proyectiles de artillería.

Muchos alemanes también creían que había llegado el final. En Utrecht, el *Oberstleutnant* Fritz Fullriede escribiría en su diario: «El Frente Occidental está acabado, el enemigo ya ha llegado a Bélgica y a la frontera alemana; Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia y Finlandia suplican la paz. Es exactamente lo que ocurrió en 1918».<sup>12</sup> En una estación ferroviaria de Berlín un grupo de manifestantes se había atrevido a colocar un cartel que decía: «Queremos la paz al precio que sea».<sup>13</sup> En el Frente Oriental, el Ejército Rojo había aplastado al Grupo de Ejércitos Centro en el curso de la Operación Bagration, ofensiva que le había permitido efectuar un avance de quinientos kilómetros, llevándolo literalmente hasta las puertas de Varsovia y el río Vístula. En

tres meses la Wehrmacht había perdido 589.425 hombres en el Frente Oriental, y 156.726 en el Frente Occidental.<sup>14</sup>

El rápido avance hacia el Vístula había animado a los valerosos, pero desdichados, insurgentes de la *Armija Krajowa* en Varsovia. Stalin, que no quería una Polonia independiente, hizo alarde de su crueldad, permitiendo que los alemanes aplastaran a los sublevados. Prusia Oriental, con el cuartel general de Hitler en la Guarida del Lobo (*Wolfschanze*), cerca de Rastenburg, también se veía amenazada mientras los ejércitos alemanes caían en los Balcanes. Exactamente dos días antes de la liberación de París, Rumanía rompió con el Eje cuando tropas soviéticas empezaron a cruzar sus fronteras. El 30 de agosto, el Ejército Rojo entró en Bucarest y ocupó los importantísimos campos petrolíferos de Ploesti. El camino que se abrió a la llanura húngara y el río Danubio se prolongó hasta Austria y la propia Alemania.

A mediados de agosto, el III Ejército del general George Patton atacó el Sena desde Normandía. Este episodio coincidió con el éxito de los desembarcos entre Cannes y Toulon, en la costa mediterránea, previstos por la Operación Dragoon. El peligro de quedar aislados provocó una retirada masiva de los alemanes a través del país. Numerosos miembros de la *Milice* de Vichy, conscientes de lo que les esperaba si caían en manos de la Resistencia, no dudaron en cruzar territorio hostil, recorriendo en algunos casos hasta mil kilómetros, para ponerse a salvo en Alemania. «Grupos de marcha» improvisados, una mezcla de soldados del ejército de tierra, de la Luftwaffe y de la Kriegsmarine junto con personal no combatiente destinados todos en la costa atlántica, recibieron la orden de huir al este intentando evitar a la Resistencia francesa en el camino. La Wehrmacht comenzó a reforzar un saliente alrededor de Dijon para recibir a casi un cuarto de millón de alemanes. Unos cincuenta y un mil soldados quedaron atrapados en la costa atlántica y el Mediterráneo. Los puertos importantes fueron calificados de «fortalezas» por el *Führer*, aunque no había ninguna esperanza de poder algún día acudir en su ayuda.<sup>15</sup> Un general alemán describió esta negación de la realidad comparándola con un sacerdote católico que el Viernes Santo salpica agua bendita sobre su plato de cerdo y dice: «Eres pescado».<sup>16</sup>

A raíz del atentado frustrado del 20 de julio, la paranoia de Hitler había aumentado, alcanzando unos niveles hasta entonces desconocidos. En su Guarida del Lobo de Prusia Oriental, ya no se dedicaba a clavar aquellas típicas pullas comparando el estado mayor general alemán con «un club de intelectuales». <sup>17</sup> «Ahora sé por qué fracasaron mis grandes planes en Rusia estos últimos años —decía—. ¡Todo era una traición! Si no fuera por esos traidores, habríamos alcanzado la victoria hace tiempo.» <sup>18</sup> Hitler odiaba a los que habían conspirado contra él en julio, pero no solo por su traición, sino también por el daño que habían hecho a la imagen de unidad que daba Alemania, y el efecto que esto había tenido en los aliados del Tercer Reich y en los países neutrales.

Durante la reunión celebrada el 31 de agosto para estudiar la situación, Hitler declaró: «Habrà momentos en los que la tensión entre los Aliados será tan grande que se producirá una ruptura. A lo largo de la historia, siempre ha llegado un punto en el que las coaliciones han terminado por deshacerse». <sup>19</sup> Poco tiempo después, el ministro de Propaganda, Josef Goebbels, recogió rápidamente la línea de pensamiento del *Führer* en una conferencia de ministros en Berlín. «Es evidente que los conflictos políticos aumentarán con la aparente proximidad de una victoria aliada, y que un día provocarán grietas irreparables en la casa de nuestros enemigos.» <sup>20</sup>

El jefe del estado mayor de la Luftwaffe, el *General der Flieger* Werner Kreipe, anotaría en su diario el último día de agosto: «Por la tarde han llegado informes de colapso en el oeste». Durante buena parte de la noche siguió habiendo una actividad frenética con «órdenes, instrucciones, conversaciones telefónicas». <sup>21</sup> A la mañana siguiente, el *Generalfeldmarschall* Wilhelm Keitel, jefe del Oberkommando der Wehrmacht (OKW), pidió a la Luftwaffe que cediera otros cincuenta mil hombres a las fuerzas terrestres. El 2 de septiembre, Kreipe escribía: «Aparente desintegración en el oeste, Jodl [jefe de Operaciones del estado mayor de la Wehrmacht] sorprendentemente tranquilo. Los finlandeses nos han abandonado». Durante la conferencia celebrada ese día, Hitler empezó a proferir insultos contra el líder finés, el mariscal Mannerheim. También se puso hecho una furia porque el *Reichsmarschall* Hermann Göring ni siquiera se dignó

a hacer acto de presencia en un momento tan crítico e incluso sugirió disolver los escuadrones de la Luftwaffe y destinar a los miembros de las tripulaciones de los aviones a las unidades de artillería antiaérea.

Como el Ejército Rojo ya se encontraba en la frontera de Prusia Oriental, Hitler temía que los soviéticos organizaran una operación paracaidista para capturarlo. La Guarida del Lobo había sido transformada en una verdadera fortaleza. «En aquellos momentos había una cantidad enorme de dispositivos —escribiría Traudl Junge, su secretaria—. Había barreras de control y nuevos puestos de vigilancia por todas partes, minas, alambradas de espino, torres de vigilancia.»<sup>22</sup>

Hitler quería que un oficial de su confianza estuviera al frente de las tropas encargadas de protegerlo. El *Oberst* Otto Remer, al mando del batallón de la guardia *Grossdeutschland*, había frustrado la conspiración del 20 de julio en Berlín, de modo que Hitler, al enterarse de la solicitud de Remer de ser trasladado de nuevo al frente, lo mandó llamar para que creara una brigada encargada de proteger la Guarida del Lobo. Formada en un principio con integrantes del batallón de Berlín y del Regimiento de Artillería Antiaérea «Hermann Göring» con ocho baterías, la nueva brigada de Remer no paró de crecer. La *Führer Begleit Brigade*, o Brigada de Escolta del *Führer*, se creó en septiembre para defender la Guarida del Lobo del «aterrizaje de dos o tres divisiones aerotransportadas». Lo que el mismísimo Remer definía como «inusual formación»<sup>23</sup> de varias armas tuvo prioridad absoluta en armamento, equipos y «soldados de primera línea con experiencia», principalmente de la División *Grossdeutschland*.

En la Guarida del Lobo se respiraba un ambiente de profundo abatimiento. Durante unos días, Hitler permaneció en su dormitorio, echado en la cama, apático, mientras sus secretarios «mecanografiaban montones de informes que hablaban de pérdidas» tanto en el Frente Oriental como en el Occidental.<sup>24</sup> Por su parte, Göring, presa del mal humor, seguiría en Rominten, alojado en la finca de caza de los Hohenzollern en Prusia Oriental de la que se había apropiado. Tras el fracaso de su Luftwaffe en Normandía, sabía perfectamente que había sido superado por sus rivales en la corte del *Führer*, especialmente por Martin Bormann, todo un manipulador que al final se convertiría en su justo castigo. Su otro adversario, el *Reichsführer-SS*



Heinrich Himmler, había sido puesto al mando del Ersatzheer —el ejército de reserva—, en cuyo cuartel general se había fraguado la conspiración para acabar con la vida de Hitler con una bomba. Y parecía que Goebbels tenía el control absoluto del frente interno, pues había sido nombrado plenipotenciario del Reich para la Guerra Total. Pero Bormann y los *Gauleiter* seguían conservando el control de sus feudos, frustrando prácticamente cualquier intento de hacerse con él.

Aunque la mayoría de los alemanes había vivido con conmoción el atentado sufrido por Hitler, con el avance de los soviéticos hasta las fronteras de Prusia Oriental la moral del pueblo germano comenzó a venirse abajo. Las mujeres, principalmente, querían que la guerra acabara de una vez por todas, y como informaban los servicios de seguridad de las SS, mucha gente había perdido su fe en el *Führer*. Los más perceptivos, sin embargo, creían que la guerra no iba a terminar mientras Hitler siguiera vivo.<sup>25</sup>

A pesar de haber conseguido numerosos triunfos aquel verano, o tal vez precisamente por esta razón, las rivalidades eran cada vez más acusadas en los escalafones más altos del mando aliado. Eisenhower, «un estadista militar en vez de un señor de la guerra» como comentaría un observador,<sup>26</sup> buscaba siempre el consenso, pero para resentimiento de Omar Bradley y para desdén y enojo del general George Patton, parecía más proclive a apaciguar a Montgomery y a los británicos. El debate, que iba a exacerbar los ánimos durante el resto de 1944 y parte de 1945, había empezado el 19 de agosto.

Montgomery había solicitado que prácticamente todas las fuerzas aliadas avanzaran a sus órdenes a través de Bélgica y Holanda para llegar a la región industrial del Ruhr. Cuando su propuesta fue rechazada, quiso que su propio XXI Grupo de Ejércitos, con el apoyo del I Ejército del general Courtney Hodges, tomara esa ruta. Ello permitiría a los Aliados capturar las plataformas de lanzamiento de los cohetes «V» desde las que se bombardeaba Londres y reconquistar Amberes con su puerto de aguas profundas, un elemento considerado esencial para el suministro de las tropas en futuros avances. Bradley y

los dos comandantes de sus ejércitos, Patton y Hodges, también eran de la opinión de que era necesario asegurar Amberes, pero querían dirigirse hacia el este, al río Sarre, pues se trataba del camino más corto para llegar a Alemania. Los generales estadounidenses consideraban que los logros obtenidos en el curso de la Operación Cobra y el rápido avance hasta el Sena encabezado por el III Ejército de Patton debía proporcionarles la prioridad. Eisenhower, sin embargo, era perfectamente consciente de que una sola ofensiva, ya fuera en el norte por parte de los británicos, ya fuera en el centro del frente por parte de los estadounidenses, corría el peligro de acabar en un verdadero desastre político, más peligroso incluso que un desastre militar. El comandante supremo tendría a la prensa y a los políticos tanto de Estados Unidos como de Gran Bretaña hechos una furia si estos veían cómo su ejército recibía la orden de detenerse debido a problemas de suministro, mientras que el otro seguía avanzando.

El 1 de septiembre, fue anunciado un plan preparado hacía tiempo para Bradley, que desde el punto de vista técnico había sido un subordinado de Montgomery: la cesión al general estadounidense del mando del XII Grupo de Ejércitos estadounidense. La noticia provocó que la prensa inglesa volviera a sentirse agraviada. Fleet Street vio en el nuevo nombramiento una degradación de Montgomery porque, como Eisenhower tenía en aquellos momentos su base en Francia, el británico había dejado de ser comandante de las fuerzas de tierra. Este problema ya había sido previsto por Londres, de modo que para calmar las cosas Montgomery fue ascendido a mariscal de campo (lo que, en teoría, hacía que superara en graduación a Eisenhower, que solo tenía cuatro estrellas). Mientras escuchaba la radio aquella mañana, Patton se sintió asqueado cuando «Ike dijo que Monty era el mejor soldado viviente y ahora es mariscal de campo». No se hizo ninguna mención de lo que otros habían conseguido. Y, tras una reunión celebrada en el cuartel general de Bradley al día siguiente, Patton, que había encabezado el avance a través de Francia, comentó: «Ike no ha dado las gracias ni ha felicitado a ninguno de nosotros por lo que hemos hecho».<sup>27</sup> Al cabo de dos días su III Ejército llegaba al río Mosa.

En cualquier caso, el avance precipitado del I Ejército estadounidense y el II Ejército británico a través de Bélgica sería uno de los más

veloces de toda la guerra. Habría podido ser más rápido si las fuerzas aliadas no se hubieran visto obligadas a detenerse en cada aldea y en cada ciudad belga porque la población local les daba la bienvenida extasiada de júbilo. El teniente general Brian Horrocks, comandante del XXX Cuerpo, comentaría que «con champán, flores, tanto gentío y las muchachas subidas en lo alto de los camiones, resultaba difícil seguir con la guerra».<sup>28</sup> Los estadounidenses también percibieron que la acogida dispensada por los belgas era mucho más cálida y entusiasta que la que les habían dispensado los franceses. El 3 de septiembre, la División Acorazada de la Guardia entraba en Bruselas en medio de las más apasionadas escenas de júbilo.

Al día siguiente, en lo que cabría calificar de notable golpe de mano, la 11.<sup>a</sup> División Acorazada del general «Pip» Roberts entraba en Amberes. Con la ayuda de la resistencia belga, tomó el puerto antes de que los alemanes pudieran destruir sus instalaciones. La 159.<sup>a</sup> Brigada de Infantería atacó el cuartel general alemán situado en el parque, y a las ocho de la tarde el comandante de la guarnición germana ya se había rendido. Sus seis mil hombres desfilaron para ser encerrados en jaulas vacías del jardín zoológico, pues los animales habían servido para alimentar a los famélicos habitantes de la ciudad. «Los prisioneros estaban sentados sobre montones de paja —observaría Martha Gellhorn—, mirando por los barrotes.» La caída de Amberes provocó una gran conmoción en el cuartel general del *Führer*.<sup>29</sup> «Apenas habíais cruzado el Somme —reconocería al año siguiente el *General der Artillerie* Walter Warlimont a sus interrogadores—, cuando de repente una o dos de vuestras divisiones acorazadas ya estaban a las puertas de Amberes. No nos imaginábamos que pudiera producirse un avance tan rápido, por lo que no había nada preparado. Cuando llegó la noticia, la sorpresa fue tremenda.»<sup>30</sup>

El Ejército estadounidense también se movió rápidamente para dar caza a los alemanes en retirada. El batallón de reconocimiento de la 2.<sup>a</sup> División Acorazada adelantó a los demás soldados, identificó el camino que seguía el enemigo y luego tomó posiciones de emboscada colocando sus carros ligeros al anochecer en una aldea. «Antes de abrir fuego, dejábamos que los distintos convoyes estuvieran perfectamente al alcance de nuestras armas. Utilizábamos un carro ligero

para remolcar los vehículos inutilizados [del enemigo] hasta un lugar oculto entre las casas del pueblo con el fin de impedir que los elementos sucesivos nos descubrieran. Estas operaciones se prolongaron durante toda la noche.»<sup>31</sup> El comandante de un blindado norteamericano calcularía que entre el 18 de agosto y el 5 de septiembre su carro de combate recorrió unos novecientos kilómetros «sin prácticamente mantenimiento alguno».<sup>32</sup>

En la frontera franco-belga, las fuerzas de Bradley tuvieron aún más éxito que las inglesas con un movimiento en pinza cerca de Mons. Las unidades motorizadas de tres divisiones *panzer* consiguieron salir de aquella trampa antes de que la 1.<sup>a</sup> División de Infantería estadounidense lograra cerrar el círculo. Los paracaidistas de la 3.<sup>a</sup> División *Fallschirmjäger* y la 6.<sup>a</sup> División *Fallschirmjäger* vieron con amargura cómo las Waffen SS habían vuelto a salvar el pellejo, dejando desamparados a todos los demás. Los estadounidenses habían atrapado a los últimos hombres de seis divisiones de Normandía, en total más de veinticinco mil efectivos, que fueron un blanco fácil hasta su rendición. La artillería de la 9.<sup>a</sup> División de Infantería emitiría el siguiente informe: «Utilizamos nuestros cañones de 155 mm para abrir fuego directo contra las columnas enemigas, provocando importantes pérdidas y contribuyendo a la captura de 6.100 prisioneros, incluidos tres generales».<sup>33</sup>

Los ataques emprendidos por la resistencia belga en la bolsa de Mons desataron la primera de una serie de operaciones de represalia, en la que perdieron la vida sesenta civiles y muchas casas fueron pasto de las llamas. Grupos de la *Armée Secrète* del *Mouvement National Belge*, el *Front de l'Indépendance* y la *Armée Blanche*, colaboraron estrechamente con los estadounidenses durante la fase de barrida.\* El mando militar alemán se puso hecho una furia, y empezó a temer que se produjera una sublevación masiva mientras se retiraban a través de

\* El apelativo de *Armée Blanche* no guardaba ninguna relación con los ejércitos blancos de la guerra civil rusa. Tenía su origen en el nombre que recibió la red secreta de espionaje belga creada durante la ocupación alemana en el curso de la primera guerra mundial, la llamada *Dame Blanche*, por una leyenda que contaba que la dinastía Hohenzollern del káiser caería cuando apareciera el espectro de una dama blanca.

Bélgica a la seguridad del Muro del Oeste, o Línea Sigfrido como lo llamaban los Aliados. Acudieron en tropel jóvenes belgas para unirse a los ataques, con espantosas consecuencias tanto entonces como más tarde, ya en diciembre, cuando la ofensiva de las Ardenas provocó el regreso de fuerzas alemanas sedientas de venganza.

El 1 de septiembre, en Jemelle, cerca de la ciudad de Rochefort, en el norte de las Ardenas, Maurice Delvenne contemplaba con sumo deleite cómo los alemanes se retiraban de Bélgica. «El ritmo de la retirada de los ejércitos alemanes se acelera y parece cada vez más desorganizado —escribiría en su diario—. En un mismo camión viajan ingenieros, soldados de infantería y de marina, hombres de la Luftwaffe y artilleros. Es evidente que todos ellos acaban de estar en zona de combate. Su aspecto es sucio y demacrado. Su mayor preocupación es saber cuántos kilómetros los separan aún de su patria, y, naturalmente, nuestro rencor hace que disfrutemos exagerando esa distancia.»<sup>34</sup>

Dos días después, soldados de las SS, algunos con la cabeza vendada, pasaron por Jemelle: «Hay frialdad en sus ojos, y miran a la gente con odio».<sup>35</sup> En su camino dejaron un rastro de destrucción, quemando edificios y destruyendo líneas telegráficas. Los precedía un montón de ovejas y reses que habían robado a los lugareños. Los campesinos de los cantones orientales de habla germana de las Ardenas recibieron la orden de trasladarse con sus familias y su ganado al otro lado de la Línea Sigfrido y al Reich. Las noticias que hablaban de bombardeos aliados bastaron para disuadirles, pero la mayoría simplemente no quiso abandonar sus granjas y prefirió ocultarse con su ganado en los bosques hasta que los alemanes se hubieran ido.

El 5 de septiembre, las proezas de los jóvenes *résistants* provocaron que los alemanes en retirada prendieran fuego a 35 casas junto a la carretera N4, entre Marche-en-Famenne y Bastogne, cerca de la localidad de Bande. Cosas mucho peores ocurrirían el día de Nochebuena, cuando los alemanes regresaran para frenar la ofensiva de las Ardenas. La población civil estaba aterrorizada por las represalias que se producían tras un ataque de la resistencia. El 6 de septiembre, en Buissonville, los alemanes se vengaron de un ataque que había tenido lugar dos días antes. Quemaron 22 casas de la localidad y de otro pueblo cercano.

A lo largo de la línea de retirada, los habitantes de aldeas y pueblos salían a la calle con banderas belgas, británicas y estadounidenses para dar la bienvenida a sus liberadores. A veces tenían que esconderse rápidamente cuando aparecía por la calle principal algún destacamento alemán que huía en retirada. En la ciudad holandesa de Utrecht, el *Oberstleutnant* Fritz Fullriede describiría «un triste pelotón de nacionalsocialistas holandeses siendo evacuado a Alemania para escapar de la ira de los holandeses nativos. Montones de mujeres y niños». <sup>36</sup> Esos holandeses de las SS habían combatido en Hechtel, junto a la frontera belga. Para evitar el asedio y no quedar rodeados por el enemigo, cruzaron a nado un canal, pero «los oficiales y hombres heridos que quisieron rendirse fueron en su mayoría —y para descrédito de los británicos [que aparentemente estaban por allí]— abatidos por los belgas». Tanto holandeses como belgas tenían muchos agravios que satisfacer tras cuatro años de dura ocupación.

El frente alemán parecía completamente roto en Bélgica y Holanda. En la retaguardia cundía el pánico, con escenas de caos que llevaron al LXXXIX Grupo de Ejércitos a hablar en su diario de guerra de «unas imágenes desastrosas, indignas del ejército alemán». <sup>37</sup> Las llamadas *Feldjäger Streifengruppen*, literalmente «grupos de castigo», capturaban a los rezagados y los conducían a un campo de detenidos, o *Sam-mellager*. Desde allí eran enviados de vuelta al frente a las órdenes de un oficial, normalmente en «lotes» de sesenta. Los sospechosos de desertión eran juzgados por un tribunal militar. Si se les declaraba culpables, eran condenados a muerte o trasladados a un *Bewährungs-bataillon* (el llamado batallón de rehabilitación que, de hecho, era más un batallón de castigo o *Strafbataillon*). Los desertores confesos, o los que habían cambiado el uniforme por ropas de civil, eran ejecutados de inmediato.

Cada *Feldjäger* llevaba en el brazo una banda roja en la que aparecía escrito «OKW Feldjäger» y disponía de un carné de identidad especial cruzado en diagonal por una franja verde en la que se leía: «Autorizado a utilizar su arma si [es] desobedecido». Los *Feldjäger* eran adoctrinados constantemente. Una vez a la semana, un oficial

les hablaba de «la situación mundial, de la imposibilidad de destruir Alemania, de la infalibilidad del *Führer* y de fábricas clandestinas que ayudarían a vencer al enemigo». <sup>38</sup>

El «Llamamiento a los soldados del Ejército del Oeste» del *Generalfeldmarschall* Walter Model, solicitando a las tropas alemanas que resistieran y que ganaran tiempo para el *Führer*, fue ignorado. En consecuencia, se adoptaron medidas sumamente despiadadas. El *Generalfeldmarschall* Wilhelm Keitel ordenó el 2 de septiembre que «los que simularan estar enfermos y los cobardes y gandules, incluidos los oficiales», fueran ejecutados sin dilación. <sup>39</sup> Model avisó de que necesitaba un mínimo de diez divisiones de infantería y de cinco divisiones *panzer* para frenar un avance enemigo en el norte de Alemania. Pero no se disponía de una fuerza de tal magnitud.

La retirada en el norte a lo largo de la costa del canal de la Mancha había sido mucho más ordenada, principalmente gracias a una persecución tardía por parte de las fuerzas canadienses. El *General der Infanterie* Gustav von Zangen había dirigido el repliegue del XV Ejército del paso de Calais al norte de Bélgica de manera impresionante. Los servicios de inteligencia de los Aliados se equivocaron gravemente cuando informaron de que «los únicos refuerzos que se sabe que están llegando a los Países Bajos son los restos del desmoralizado y desorganizado XV Ejército que actualmente huye de Bélgica por las islas holandesas». <sup>40</sup>

La repentina caída de Amberes probablemente supusiera un duro golpe para el alto mando alemán, pero lo cierto es que durante los días siguientes, cuando el II Ejército británico fracasó en su intento de asegurar el lado norte del estuario del Escalda, el general Von Zangen consiguió establecer una serie de líneas defensivas. Estas incluían un reducto de veinte kilómetros de anchura en el lado sur de la desembocadura del Escalda (la llamada «bolsa de Breskens»), la península de Zuid-Beveland en el lado norte y la isla de Walcheren. Su fuerza enseguida reunió 82.000 efectivos y 530 cañones que impedían cualquier intento por parte de la Royal Navy de acercarse a aquel estuario densamente infestado de minas.

El almirante sir Bertram Ramsay, comandante en jefe de las fuerzas navales aliadas, había avisado al SHAEF y a Montgomery de que

los alemanes podían bloquear con facilidad el estuario del Escalda. Y el almirante sir Andrew Cunningham, primer lord del Mar, advirtió de que Amberes podría «resultar tan útil como Tombuctú» si no se despejaban los accesos al puerto.<sup>41</sup> El general Horrocks, comandante del cuerpo, admitiría más tarde su parte de responsabilidad en aquel fracaso. «Sin duda, Napoleón se habría dado cuenta —escribiría—, pero me temo que Horrocks no supo.»<sup>42</sup> Pero lo cierto es que no fue culpa de Horrocks, ni tampoco de Roberts, comandante de la 11.<sup>a</sup> División Acorazada. El error lo cometió Montgomery, a quien no le interesaba el estuario lo más mínimo, y creyó que los canadienses podrían despejarlo más adelante.

Fue un error garrafal que más tarde tendría consecuencias nefastas e imprevistas, pero, en aquellos días de euforia, los generales que habían participado en la primera guerra mundial se convencieron de que septiembre de 1944 iba a ser igual que septiembre de 1918. «Los periódicos hablaban de un avance de unos cuatrocientos cuarenta kilómetros en seis días y contaban que las fuerzas aliadas ya estaban en Holanda, Luxemburgo, Saarbrücken, Bruselas y Amberes —escribiría el historiador militar Forrest Pogue—. Las valoraciones de todas las líneas efectuadas por los servicios de inteligencia estaban marcadas por un optimismo casi histérico.»<sup>43</sup> Prácticamente todos los altos mandos tenían los ojos clavados en el Rin, creyendo que los Aliados podían cruzarlo de un solo salto. Esta idea seducía seguramente a Eisenhower, y Montgomery, por sus propias razones, había quedado prendado de ella.